



Escribe Sergio
Ramón Fuentealba

Justo Abel Rosales, corresponsal de guerra

JUSTO ABEL Rosales Justiniano nació en un hogar humilde, en Quillota, en 1855. Su padre, don Exequiel, había prestado servicios en la Marina de Guerra, formando parte de la Escuadra Chilena a Perú, llevada por el Ejército Restaurador para abatir la Confederación liderada por el mariscal Santa Cruz. La madre del futuro escritor era doña Francisca de Borja Justiniano.

Atraído desde pequeño por la literatura y el arte, no terminó sus estudios y acabó convirtiéndose en eso que todavía llaman "bohémio". Bajo el seudónimo de Ruy Blas, publicó en el periódico local "El Pueblo" sus primeras colaboraciones. Muy pronto llamaría la atención su estilo vivaz, lleno de colorido y sobre todo su acento polémico, características que le acarrearían su primera cesantía. Porque luego vendrían otras. Pero ésta le significó un nuevo trabajo, ahora en casa de la familia Balmaceda. Su lealtad al Presidente-mártir se traduciría en sufrimientos hasta el final de su vida.

Pero no nos adelantemos. Porque, en 1876, don Vicente Valdívieso lo hizo nombrar escribiente de la Corte de Apelaciones de Santiago y allí aprovecharía su tiempo para hurgar en archivos y manuscritos históricos. Allí también lo encontraría la Guerra del Pacífico y Rosales —apunta Guillermo Feliú Cruz— no fue en modo alguno extraño a la eclosión ardiente del patriotismo que el conflicto despertó en nuestro pueblo. Que lo movió a pedir su enrolamiento en el Batallón Aconcagua de Voluntarios, organizado por el teniente coronel Rafael Díaz Muñoz, en San Felipe. En su "Diario", don Justo Abel nos refiere este paso:

"Un militar grande como un sauco entró a la casa, habló con el coman-

dante y luego salió a decirnos que me tenía una vacante de sargento primero y no segundo. 'Está bien, le dije, pero este batallón irá a campaña activa? Porque si sólo va de destacamento o guarnición yo busco otro cuerpo'. 'Sí, iremos a la guerra, contestó sonriéndose el mayor; entre no más al batallón, que conmigo no le irá mal'. De nuevo me retiré muy contento. Se me dijo que la partida sería muy próxima, apenas se mejorara el comandante, y que todos los días fuera al cuartel de la Recoleta a saber sobre el día de salir a San Felipe".

Sin embargo, los deseos de Rosales de entrar en "campaña activa", no se cumplieron tan pronto. Movilizado a Antofagasta, el batallón sirvió de guarnición hasta fines de 1880. Un año largo, antes de embarcarse con destino a Lima.

Bravo combatiente, su guerrera se cubrió de medallas en Chorrillos y Miraflores, y ascendió a oficial. Luciendo ese rango, entró victorioso a Lima. En 1881 abandonó las filas y se reincorporó a su cargo en la Corte de Apelaciones de Santiago, el mismo que perdió por su ferviente balmacedismo. A la caída del régimen, fundó un diario, "La Democracia", para reivindicar la obra del malogrado gobernante. Huelga decir que se ganó la malquerencia de los triunfadores, sufriendo persecuciones que agravaron miserias. En octubre de 1896 —"deforme, horrible y nauseabundo, según Virgilio Figueroa— murió lamentando "no haber conseguido castigar a los victimarios del país".

El hasta ahora inédito "Diario de Campaña de Justo Abel Rosales" dejará de ser tal y, en forma de libro, aparecerá publicado por una importante editorial santiaguina.